

ÓMNIBUS *por Jack Duluo*

El cielo del crepúsculo se derrumbaba sobre la ciudad, aplastando el aire caliente de julio contra los edificios, mientras los pájaros luchaban en su densidad removiéndolo, esparciéndolo por todo el firmamento. En dirección a vastos campos de olivos, centinelas en formación para su acuartelamiento nocturno, un ómnibus de la línea 168 volaba sobre la franja blanca que parte en dos el asfalto de vuelta a pueblos cuyos nombres habían desaparecido de los mapas de las paradas por las lluvias que algún día regresarían de un largo viaje. La cabina del autobús, aislada del exterior, iba atestada de cabezas oblicuas, cansadas, apenas sujetas por cuellos que se balanceaban al ritmo unísono que marcaba la carretera. Pero más adentro, bullían febriles de pensamientos, ensoñaciones, lecturas en voz baja, conversaciones telefónicas transoceánicas y transcontinentales en todas las lenguas del orbe, desglosadas en filas de asientos, de pasillo a ventanilla, de oriente a occidente: castellano, eslavo, chino, caribeño, magrebí, africano... Cada vez que las ruedas golpeaban el asfalto *chacún-chacún* todas las ondas cerebrales almacenadas dentro de la cabina se agitaban y desplazaban en el ambiente, separándose de sus cabezas, rebotando de un lado a otro con la ingravidez de una pompa de jabón, mezclándose entre sí en una suerte de esperanto intraducible. Fuera, la noche se abalanzaba con su manto púrpura sobre los campos calientes, nidos chirriantes de chicharras. Tan solo las ramitas de las cunetas, se desperezaban los sofocos cuando el autobús las alumbraba a la velocidad del rayo para devolverlas titilantes a las profundidades de la oscuridad que ya se cernía sobre ellas.

De repente, *babong-babong* un bache en la nacional dobló las rodillas del animal mecánico haciendo rebotar los amortiguadores con tal fuerza que los cuellos se irguieron y a cada cabeza le fue devuelta su consciencia. Por un instante, el asombro general despejó el interior de la cabina de todo pensamiento, obrando un vacío límpido y desocupado de ideas, pero la risa de una niña impresionada brotó espontánea en la penumbra del pasillo. El eco monosílabo de sus *jijís*, agudos e infantiles, se multiplicó en todos los ocupantes del autobús, quienes lo duplicaban a su vez con las más variadas entonaciones, acentos y timbres. Las ondas percutían por doquier con impulsos más acelerados a medida que las carcajadas reverberaban con mayor resonancia. Como balas, pequeños átomos oscilaban en diagonales endiabladas por los asientos, acentuando el ir y venir de partículas inmateriales. Los filamentos de las bombillas se excitaban, los tornillos del autobús se comprimían y una fuerza creciente iba a implosionar. Pero el conductor, inclinado sobre el volante y apretando los puños, pisó el freno a fondo con una mueca de esfuerzo para no sobrepasar aquella parada solitaria en medio del páramo. La puerta se abrió liberando toda la energía acumulada en la cara de una señora que inspiró profundamente esa bocanada de felicidad antes de poner su pie en el primer escalón y subir a ese autobús en el mundo... al *autobús del mundo*... al *ómnibus*.